

Niñez y Adolescencia

¿Y las niñas y los niños dónde quedan?

Harold Segura Carmona

Es Director de Relaciones Eclesiásticas de Visión Mundial. Es miembro honorario de ABA y reside en Costa Rica.

Esta vez le propongo un ejercicio sencillo. Inténtelo por simple curiosidad: busque usted en una concordancia de la Biblia (ahora hay herramientas electrónicas que hacen que esta sea una tarea muy fácil) cuántas referencias hay con las palabras “niña”, “niño”, “niñez”, “muchacho”, “muchacha”, “jovencita”, “joven”, “pequeño” y “pequeñuelo”. ¡El resultado es sorprendente!

Las Escrituras mencionan muchas veces a los más pequeños y se les incluye con pleno derecho en los planes del Creador. Tanto en el Antiguo como en el Nuevo Testamento los niños y las niñas son tomados en cuenta y se les otorga el papel de protagonistas de las acciones de Dios en la Historia y metáforas del Reino.

Sin embargo, compare también lo que sucede con la teología cristiana a lo largo de su historia: los más pequeños no han ocupado el mismo lugar preponderante dentro de su discurso formal. El temario teológico de nuestras iglesias ha girado —y sigue girando— en torno a las prioridades adultas, y desde ellas habla de Dios y hace que Dios hable de sus temas. Razón tienen, pues, quienes afirman que la nuestra ha sido una teología “adultocéntrica” que brinda poco espacio a los más pequeños. **¿Y las niñas y los niños, dónde quedan?**

Esta omisión es lamentable. Por ejemplo, nuestra producción bibliográfica es escasa; existen pocos títulos que tratan de manera específica las temáticas de la niñez y, en su mayoría, los que existen privilegian el acercamiento pedagógico (¿Cómo enseñarles la Biblia en la Escuela Dominical?) y evangelizador (¿Cómo hacer que conozcan a Cristo y experimenten la conversión?). Mientras tanto, el enfoque teológico, entendido como la necesaria reflexión de una fe que procura ser fiel a Dios en el cumplimiento de su Misión en el mundo, aún queda pendiente. Y por este camino, corremos el riesgo de retrasar una parte sustancial del quehacer de la Iglesia.

Si la teología, como dice James Smart “es simplemente la Iglesia tomando en serio el problema de su propia existencia y averiguando con detenimiento en qué puntos está dejando de ser Iglesia de Dios”, entonces la atención de la niñez y de la adolescencia dentro del temario formal de la teología es, en otras palabras, un asunto de fidelidad al quehacer de la Iglesia en el mundo. ¡Atender la teología es apurar la misión!

A imagen y semejanza del Creador

Cualquier acercamiento teológico a la niñez, por elemental que este sea, deberá iniciarse afirmando que los niños y las niñas son seres que gozan de plena dignidad porque han sido creados a imagen y semejanza de Dios. Ese valor se declara desde las primeras páginas de la Escritura:

“Hagamos al ser humano a nuestra imagen y semejanza” (Gn. 1:26). Y más adelante: “Y Dios creó al ser humano a su imagen; lo creó a imagen de Dios. Hombre y mujer los creó” (Gn. 1:27).

Esta dignidad deriva del acto soberano de Dios quien los ha creado. Sus derechos no han sido adquiridos, tampoco concedidos por poder humano; estos provienen de Dios y les son inherentes por creación. Las culturas de las épocas en las que transcurren los relatos de la Biblia solían menospreciar a los niños, desconocer a las niñas, subvalorar a las mujeres e ignorar a los extranjeros; pero Dios llamó a Israel, su pueblo, para que actuara de una manera diferente y diera testimonio eficaz de su amor y compasión.

En consecuencia con esta dignidad se encuentran sus derechos a la protección y a la defensa, y el primero en abogar por ellos es Dios mismo quien se hace llamar “Padre de los huérfanos y defensor de las viudas” (Sl. 68:5). El Señor escucha su voz cuando sufren y establece leyes a su favor (Ex. 22:22).

Este primer fundamento bíblico —el de la dignidad concedida por el Creador— valdría recordarlo hoy cuando algunos parlamentos del mundo debaten el tema de los derechos de la niñez. Pareciera que se estuviera discutiendo la posibilidad de una concesión política a cargo de un gobierno benévolo. No, los derechos provienen, en su origen, del hecho de ser imagen y semejanza del Creador. Lo que los gobiernos deben impulsar es el reconocimiento, promoción y respeto de los mismos, pero es Dios quien los ha conferido.

Crecimiento y formación

El relato bíblico presenta a los niños y las niñas como sujetos activos de un permanente proceso de formación para la vida. Esta perspectiva pedagógica es relevante en el Antiguo Testamento.

“Estos son los mandamientos, preceptos y normas que el Señor tu Dios te mandó que yo te enseñara, para que los pongas en práctica en la tierra de la que vas a tomar posesión, para que durante toda tu vida tú y tus hijos y tus nietos honren al Señor tu Dios... Incúlcalas continuamente a tus hijos. Háblales de ellas cuando estés en tu casa y cuando vayas por el camino, cuando te acuestes y cuando te levantes” (Dt. 6:1,2,7).

La educación sirve a los propósitos de Dios y de ella depende la identidad del pueblo elegido. Los padres y las madres son los primeros responsables de esta tarea (Dt. 6:1-9; Ef. 6:1-4) y deben enseñarles las normas de Dios que son la fuente de la vida, la historia del pueblo con Dios que son el fundamento de su identidad, y los propósitos de Dios que son los que sostienen la esperanza.

Por medio de la educación formadora se incorpora a los niños y las niñas en la historia de la salvación y los convierte en participantes activos de los planes redentores de Dios. Este mismo principio se expone en el Nuevo Testamento donde la formación tiene como propósito la inclusión y la dignidad de estos que eran tomados como criaturas insignificantes.

Un somero análisis teológico de la Misión de Dios y del lugar de su pueblo dentro de esa Misión nos ayuda a comprender que la intención pedagógica de

Dios es que todo el pueblo participe con él en sus planes, comenzando por los más pequeños. Así, la niñez, desde esta óptica bíblica, es entendida como sujeto activo y protagonista central del actuar de Dios en la Historia. ¡Los niños y las niñas tienen lugar dentro de la *missio Dei* —la Misión de Dios— y por esa razón tienen derecho a la formación integral!

Quizá el equivalente más cercano de esta visión en el Nuevo Testamento sea el principio del “sacerdocio universal de todos los creyentes... y de todas las creyentes”. Esta es una formulación protestante que tendría que tener mayores repercusiones para el ministerio de la iglesia con los niños y las niñas.

Metáforas del Reino

En el caso particular de la enseñanza de Jesús, las niñas y los niños no sólo son receptores de un proceso formativo, es decir, los que reciben la lección y procuran asimilarla, sino que son algo más, son objetos formativos y, como tales, tienen una lección para entregar. Veamos lo que dice el Maestro: *“porque el reino de Dios es de quienes son como ellos. Les aseguro que el que no reciba el reino de Dios como un niño, de ninguna manera entrará en él”* (Mr. 10:14-15).

Tenemos, entonces, que recibir el reino como un niño es requisito para entrar en él. ¡Esto ya es el colmo!. Jesús da vuelta a la escala calificadora de la religión de su tiempo al convertir a los niños y las niñas, que no tenían aún la edad exigida por la ley y que, además, eran pequeños, insignificantes y débiles, en ejemplo de aquello que Dios pide para todos. La justicia, la integridad y el cumplimiento de la ley —parámetros de la fe judía— se resumen en una sola actitud: ser como ellos. De una vez, los educandos pasan a ser educadores y los alumnos, maestros.

El reino se ha acercado y de eso no queda la menor duda porque el Mesías tan esperado bendice a los niños y las niñas, los abraza, los sana y los llama ciudadanos del Reino:

“Dejen que los niños vengan a mí, y no se lo impidan, porque el reino de Dios es de quienes son como ellos” (Mr. 10:14). La enseñanza principal está orientada a mostrar a los discípulos que la verdadera grandeza se encuentra en la capacidad de re-encontrarse con la pequeñez.

En resumen, la teología bíblica arroja suficientes muestras sobre la pasión de Dios para con los niños y niñas del mundo. En este artículo sólo se ha hecho una breve introducción al tema. Breve, pero suficiente para que comencemos a pensar en su importante lugar dentro de la misión de la Iglesia.

La Iglesia, al decir del teólogo alemán Dietrich Bonhoeffer, es “Cristo presente en el mundo”. Ella es instrumento del Reino para el cumplimiento de los propósitos de Dios. Por eso, el compromiso con la niñez y la adolescencia es, sobre todo, asunto de fidelidad al Señor y de responsabilidad con la Misión. Y la teología debe estar al servicio de ese peregrinaje de fe.